

CAPITULO XIV

EL PARTO DE LA VIRGEN: ADORACION DE LOS ANGELES

*Factum est autem, cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret:
Et peperit filium suum primogenitum et pannis eum involvit,
et reclinavit eum in praesepe, quia non erat eis locus in diversorio.* (San Lucas, cap. 2.^o, vers. 6 y 7.)

DESPUES de cinco dias de penoso viaje por razon del estado de la Virgen, dieron esta y su esposo vista á la pequeña villa de Belén, situada sobre un cerrito, rodeada de viñas y añosos olivos. Afluían allí ricos viajeros descendientes también de la familia de David, que lo parecían mas en su opulencia, pero que apenas se dignarian echar una ojeada sobre la modesta pareja. ¿Cómo habian de reconocer sangre real en aquellos dos jóvenes tan pobremente equipados, cabalgando ella, aunque linda y graciosa, sobre una humilde pollina, y él á pié llevando en la mano modesto báculo (1), y sobre sus espaldas el saco con parte de su pobre equipaje? ¿Cómo habian de reconocerlos por parientes los que montaban briosos corceles ó fornidos jumentos ricamente enjaezados, seguidos de camellos y otras cabalgaduras que llevaban sus provisiones y abundante recámara cubierta de ricos reposteros? Los divisaban de léjos, en breve los alcanzaban, saludaban ligeramente al emparejar, y pasaban de largo. Solamente otros, tan pobres como ellos, se hubieran dignado saludarlos con cariño, marchar á su paso y trabar esas conversaciones afectuosas, que la pesadez del viaje fácilmente convierte en familiares y expansivas confianzas.

Á la parte exterior de la poblacion y cerca de una de sus puertas se alzaba un edificio de forma particular: era la *caravansera*, el meson donde se albergaban los viajeros y las caravanas. Aunque los judíos eran, como son generalmente, laboriosos, no faltaban entre ellos holgazanes y amigos de vivir á costa del trabajo ajeno, acusando á la sociedad de

(1) Las religiosas de San José, en Ávila, primer monasterio de Carmelitas Descalzas fundado por Santa Teresa, poseen un baston forrado de plata afiligranada, que la tradicion dice ser de San José, y se tiene por tanto en gran veneracion y estima.

haberlos desheredado, como si la sociedad tuviera la culpa de sus vicios é indolencia. Perseguidos en los pueblos huían á los campos, y salteaban á los pasajeros en los caminos. Además los idumeos y los samaritanos gozaban de mala reputacion y se les acusaba de desbalijar á los viajeros y arrieros que viajaban solos (1). Esta inseguridad de los caminos obligaba á los trajinantes y mercaderes á que se agruparan en caravanas para socorrerse mutuamente y auxiliarse en los frecuentes riesgos de sus viajes. Aunque la hospitalidad era y aun es una virtud practicada comunmente por los orientales, como por los antiguos patriarcas, mas fácilmente la practicaban los pobres que los ricos. El temor de ser robados hacia á estos guardar bien las puertas de sus casas, como tambien sucede ahora. Para evitarse tales molestias habian construido generalmente en los pueblos esas caravanseras ó albergues públicos, que todavía se conservan en aquellos países, donde el proverbial estacionamiento hace que las costumbres de hoy sean muy parecidas á las de hace dos mil años. Entra el viajero sin pedir permiso, coloca sus cabalgaduras donde puede ó donde quiere, si no hay otros viajeros, duerme sobre sus ropas puestas sobre una estera, come lo que lleva ó lo que compra, nada mas pide ni se le da, y sale de allí á continuar su viaje cuando le place, con un ligero saludo de despedida como saludó á la entrada.

Hablar de fondas, comparar á ellas las desnudas caravanseras del Oriente, y sobre todo de Palestina, sería un anacronismo. Aun esto faltó á los jóvenes y santos viajeros. Rebosaba de gente la aldea de David, la caravansera estaba tambien enteramente llena, no habia en ella ni una estera que dar, ni un aposento cuya llave no estuviese ya en poder de otro. El minucioso narrador San Lucas, cuya encantadora relacion no olvida pormenores, con frases que en pocas palabras dicen mucho, lo consigna así: *quia non erat eis locus in diversorio*, no habia cabida para ellos en la posada.

Quizá tenian parientes próximos y reconocidos entre la multitud de parientes desconocidos y remotos que allí venian de todos los confines de la Palestina, pero ¿cómo acudir á ellos, y mas en aquel estado de pobreza y con una jóven próxima al parto? Este era un motivo para excitar la caridad: quizá lo hubiera sido en otra ocasion, pero ¿cómo admitir en casa llena de gente á una jóven en tal estado? La caridad hablaba muy alto en favor de esta, pero el egoismo gritaba en contra, y á este por tanto se escuchaba. La tradicion supone á la Virgen y su Santo Esposo rechazados de las casas de los parientes y la historia indudable expresa que no hallaron albergue en la caravansera. Acercábase la noche y la tierna doncella sentia aproximarse el momento del parto, aunque sin dolores, pues no habiendo sido contagiada con el pecado de los primeros padres, tampoco le alcanzaba el anatema de parir en adelante con dolor, lanzado sobre la primera mujer. En la necesidad de buscar un abrigo, dirigió San José humildemente sus pasos hácia un establo fuera de la poblacion.

(1) El Evangelio tiene mas de una parábola alusiva á ladrones y salteadores. Es notable la del samaritano que se complace del pobre viajero robado y herido, á quien no socorren los que tenian mas obligacion por su estado sacerdotal, y por razon de paisanaje, al paso que debe toda clase de auxilios al samaritano extraño y desacreditado.

Á la parte meridional de esta y á pocos pasos de distancia se veia una cueva abierta por la naturaleza en la estratificacion del montecillo sobre el qual está fundada

lucas? Buscan los rincones aquellas almas santas que reciben celestiales favores y quisieran

no había testigos, no había espectadores: solo el varon casto, justo, santo y humilde adivinaba lo que sucedía, pero también él veía el cielo bajo aquella figura al parecer vulgar, al parecer sencilla y pobremente humana.

Llegado el momento solemne previsto desde la eternidad, ofrecido por Dios, anunciado á los Profetas, esperado por los Santos Patriarcas, revelado á los Santos Angeles, acatado por San Miguel y los Angeles buenos y humildes, protestado por Luzbel y los querubes malditos por su orgullo, la tierna doncella de Nazareth dió á luz á su hijo, sin dolor, sin trabajo, sin esfuerzo, sin quebranto, sin impureza alguna (1), hermoso, limpio, perfecto, risueño, puro, inmaculado, inmaculado en el cuerpo y mucho más en su alma, saliendo del cuerpo de su Madre como pasa el rayo del sol por el cristal sin romperlo ni mancharlo.

El Evangelista San Juan lo dice en cuatro palabras á lo teólogo.

VERBUM CARO FACTUM EST

San Lucas, el narrador que no pierde de vista á María, lo refiere como historiador.

ET PEPERIT FILIUM SUUM PRIMOGENITUM

La Iglesia lo incluye en su símbolo y lo canta diariamente en mil templos.

ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO, EX MARIA VIRGINE, ET HOMO FACTUS EST

Y al pronunciar estas palabras inclinamos todos nuestra frente, y doblando la rodilla acatamos humildemente á Dios que nos hizo tanto bien, aun mayor bien que el de criar el mundo.

También María se prosternó en el pavimento de la humilde gruta, y dobló su frente y no se atrevió á mirar lo que tenía en sus manos. ¡Oh qué vértigo santo! ¿Cómo ver con los ojos del cuerpo al que venía viendo su alma de mucho tiempo atrás? A Moisés se le había dicho por Dios: «No me verá el hombre mientras viva: no podrá vivir si llega á verme» (2); ¡y ella iba á verle! ¡Y era Madre de Él! El amor de Madre venció; ¡¡verle y morir!! si era preciso morir por verle. Y sus hermosos ojos, azules como el cielo, empañados por el rocío de sus lágrimas, miraron el rostro del recién nacido, en el que se dibujaba una sonrisa, la primera sonrisa de Jesús niño, la sonrisa del niño que conoce á su Madre y la prefiere á todo y á todos.

El éxtasis había cesado: la vida había vuelto, la sensibilidad se había reanimado: la

(1) Cuestiones se han promovido acerca del parto de la Virgen que ni aun nombrar, ni indicar queremos, respetando, no solamente la virtud y altas luces de las personas muy piadosas que las trataron, sino también lo que de cierto ú opinable tengan. Pero la mayor cultura y delicadeza de nuestros tiempos no permite ya abordar tales asuntos, tanto más que solo ofrecen la satisfacción de una mera curiosidad, y á veces desacuerdo entre las revelaciones de personas muy piadosas acerca de las cuales nada ha definido la Iglesia. Omitense, pues, de intento tales noticias, puesto que las omiten todos los escritores modernos y con mucha razón; siguiendo la máxima de San Pablo: *No saber más que lo que se debe saber, y aun eso con sobriedad.*

(2) *Non vidébit me homo et vivet.*

Virgen santa era doncella y Madre, tenía nuevos deberes que cumplir, y á la primera sonrisa de la Madre que se postraba para adorar á su Hijo, sin atreverse aun á tomar un ósculo tierno en sus benditos labios, absorta, atónita, embriagada de amor santo y de inefable dicha, correspondió la sonrisa del divino Infante, destinando después la segunda sonrisa al varon justo, á quien tomaba por padre en la tierra. Entonces el sentido maternal se despertó en la doncella con todos los delicados y dulces instintos de la maternidad, que la naturaleza, hija de la Providencia divina, deposita para ello y de antemano, cual rico tesoro, en el corazón de la mujer. Y quitando de su cabeza la modesta toca de blanco cendal, caliente con su propio calor, pues quizá no había fuego, le envolvió en ella y en los pobres pero limpios pañales de antemano preparados, y le reclinó en el pobre pesebre donde San José había colocado su capa de modo que sirviese de mullido y abrigo, de colchon y manta (1), y la capa sobre las pobres pajas sirvió de primer lecho al Mesías, al Redentor del mundo. Tampoco olvida el narrador San Lucas estos detalles, completando su relato al decir que María le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre. *Et pannis eum involvit, et reclinavit eum in præsepio* (2).

La naturaleza hizo su oficio. Dios no la violenta aun cuando hace milagros, aun cuando hace cosas á que ella no alcanza, porque son sobre ella. Las cosas, imposibles para el reloj, son facilísimas para el relojero: lo mismo mueve las saetas hácia atrás que hácia adelante, aunque al reloj no le sea dado sino moverlas en aquella primera dirección. Y Dios hecho hombre lloró, y la Iglesia nos le presenta llorando y ceñido de estrechas fajas reclinado sobre paja en un pesebre (3).

(1) El doctor D. Francisco Conque, cura párroco de San Ginés de Madrid, publicó en 1798 un tomo en folio con el título de «Disertación teológica-canónica, en la que se trata del culto de las reliquias de los Santos.» Su objeto es defender un dictamen que había dado contra el culto de una reliquia de la capa de San José, y de paso la autenticidad de la que se venera como tal en la iglesia de Santa Cecilia en Roma. Refuta que la capa de San José sirviera de abrigo y mullido al niño Jesús; alegando que la Virgen le envolvió en pañales, según dice San Lucas. Pero ¿acaso eran los pañales suficiente abrigo para un niño recién nacido en paraje tan desamparado y frío?

Los Bolandos, tan excelentes críticos, siguiendo á Panciroli y otros escritores respetables, hablan con respeto de la capa de San José que se guarda en dicha iglesia y de la tradición de haber servido para el abrigo de Jesús: *partem pallii quo natum Salvatorem Sanctus Josephus excepit.*

(2) Sobre este pesebre y su traslación á la basílica Liberiana escribió en 1718, una curiosa disertación latina el canónigo lateranense D. Francisco Blanchini.

(3) Himno de Fortunato, que canta la Iglesia en las vísperas del Domingo de Pasión, y principia con las palabras:

*Pange lingua gloriosi
Lauræ certaminis*

En las primeras estrofas se refiere poéticamente la caída del primer hombre y su regeneración por la venida de Jesucristo en cumplimiento de la promesa hecha á nuestros primeros padres.

La tercera y cuarta dicen:

*Quando venit ergo sacri
Plenitudo temporis,
Missus est ab arce Patris
Natus orbis conditor
Atque ventre virginali
Carne amictus prodit.*

*Vagit infans inter arcu
Conditus præsepia
Membra pannis involuta
Virgo mater alligat
Et Dei manus pedesque
Stricta cingit fascia.*

Lloroso gime el tierno infante
 En estrecho pesebre reclinado:
 La Virgen pura, como Madre amante,
 Envuelve el cuerpo tan tierno y agraciado,
 Fajando con respeto y con cariño
 Los piés y las manos del Dios niño.

San Basilio nos presenta poéticamente á la Virgen Madre luchando entre dos tiernos y respetuosos afectos, el de la maternidad y el de la devocion. «¿Debo yo acercarme á Vos con el incienso ú ofreceros el alimento de mi pecho? ¿Debo prodigaros los cuidados maternales ó serviros de rodillas como esclava hundiendo mi frente en el polvo de la tierra?»

La adoracion está hecha: satisfecho el deber entra el derecho, el cariño se sobrepone á la devocion, ó por mejor decir, la devocion que consiste en la espontaneidad del amor divino suavemente ejecutada toma la forma del cariño humano, y la tierna doncella, ya Madre, deposita su primer ósculo en la faz divina y riante de su hijo recién nacido.

Á su vez San José mudo de asombro, ilustrado por superiores luces interiores y exteriores, tambien se acerca al tierno infante reclinado en el pesebre, le contempla extático y absorto, le tributa su homenaje de respeto y de cariño á la vez, y recibe por premio de su devocion humilde la segunda sonrisa del Dios niño, á quien el mundo llamará su hijo, y de quien será en efecto padre putativo para salvar el decoro de su Madre y cuidar del amparo y subsistencia de ella, y del mismo Dios hecho hombre, que á su vez sustenta á todos.

A la adoracion de los Padres siguió la de los Angeles, y ¡con qué humildad, con qué respeto! El misterio, la gran palabra estaba ya cumplida.

Allá en remotos siglos, en dias angélicos, se les había anunciado que llegaría otro dia, en tiempo computado muy bajamente, en que habían de adorar á un Sér de naturaleza inferior á la suya, material en algo, y los buenos habían creído y obrado, porque si la Fe es creencia, la humildad es acto, es obra, es caridad. Y al acatar los decretos de Dios, aunque parecieran rebajarlos, no solamente no se hallaron rebajados, sino que por el contrario se vieron enaltecidos y confirmados en gracia, mientras que el querubin mas hermoso rebelado en su orgullo contra aquel decreto y convertido en dragon caía precipitado con un solo gesto del Omnipotente, arrastrando en su caída la tercera parte de la celestial milicia que de estrellas brillantes se convertian en fuegos fatuos que despiden opaca y vacilante luz en medio de las tinieblas de los pantanos infernales. Y en vez de ellos había Dios criado otros séres compuestos en parte de espíritu como ellos, en parte de materia, y despues de hacerlos algo menores que ellos los había destinado á ser coronados de honor y gloria y les había dado poderío sobre todos los otros séres materiales de la creacion, y fuerza para resistir á las asechanzas de los espíritus malélicos caidos y vencerlos y burlarse de ellos, que no habían querido adorar á Dios tomando cuerpo y haciéndose hombre. Ya Dios al cabo de cuatro mil años, contados desde la creacion del



Montano y Simon, Ed. Barcelona

LA PRIMERA ADORACION DE JESUS RECIENNACIDO

Copia de un dibujo de Overbeck

En la Biblioteca de San 8

Unos que el tierno infante
En brazos pesete reclinado:
La Virgen para, como Madre amorosa,
Llevarle el pecho en su seno y amarlo,
Pulsarle con el dedo su boca,
Y el polvo y el barro que cubren sus pies.

San Basilio nos presenta posturando á la Virgen Madre luchando entre dos tiernos y respetuosos afectos: el de la maternidad y el de la devoción. «¿Debo yo acercarme á Vos con el incienso y ornamentos al ministerio de sus pies? ¿Debo prodigaros los cuidados maternales ó servirlos de rodillas como esclavo arrojando mi frente en el polvo de la tierra?»

La adoracion esta hecha: satisface el deber entra el derecho, el cariño se sobrepona á la devoción, ó por mejor decir, la devoción que consiste en la espontaneidad del amor divino suavemente ejecutada toma la forma del cariño humano, y la tierna diáscala, ya Madre, deposita su primer ósculo en la faz divina y riente de su hijo recién nacido.

Á su vez San José mudo de asombro, ilustrado por superates luces interiores y exteriores, tambien se acerca al tierno infante reclinado en el pesebre, le contempla extático y absorto, le tributa su homenaje de respeto y de cariño á la vez, y recibe por premio de su devoción humilde la segunda sonrisa del Dios niño, á quien el mundo llamará su hijo, y de quien será en efecto padre putativo para salvar el decoro de su Madre y cuidar del amparo y subsistencia de ella, y del mismo Dios hecho hombre, que á su vez sustenta á todos.

A la adoracion de los Padres siguió la de los Angeles, y ¡con qué humildad, con qué respeto! El misterio, la gran palabra estaba ya cumplida.

Allá en remotos siglos, en dias angélicos, se les habia anunciado que llegaria otro dia, en tiempo computado muy bajamente, en que habian de adorar á un Sér de naturaleza inferior á la suya, material en algo, y los buenos habian creído y obrado, porque si la Fe es creencia, la humildad es acto, es obra, es caridad. Y al acatar los decretos de Dios, aunque parecieran rebajarlos, no solamente no se hallaron rebajados, sino que por el contrario se vieron exaltados y confirmados en gracia, mientras que el querubim mas hermoso, rebajado en su orgullo contra aquel decreto y despreciado en su dignidad por el celestial misterio, con un orgullo rebajado se convertian en simples hombres que se agachaban opaca y vacilante las en sus ojos, y se inclinaban á la tierra infernal. Y en vez de ellos habia Dios creado otros seres como ellos, pero no como ellos, en parte de materia, y despues de llevarlos á la tierra, los habia coronado á ser coronados de honor y gloria y les habia dado poder sobre los materiales de la creacion y fuerza para resistir á las asechanzas de los espíritus malignos caidos y vencerlos y hablarlos de ellos, que no habian querido adorar á Dios tomando cuerpo y haciéndose visibles. Ya Dios al cabo de cuatro mil años, contados desde la creacion del



Montaner y Simon, Edt. Barcelona.

LA PRIMERA ADORACION DE JESÚS RECIENNACIDO.

Copia de un dibujo de Overweck

Int. Libelle, 0mm. 6

hombre (1), había nacido, y los que le habían adorado humildemente en los días angélicos según el decreto del Eterno, venían ahora á ratificar su homenaje cumplido en los días de los hombres. Quizá muchos de ellos vinieron en forma visible y los vió el mismo San José, como luego los vieron los pastores (2).

El Evangelista San Juan se ocupa con enigmático lenguaje de todo este suceso en el capítulo 12 del Apocalipsis, en que describe la predestinación de María, el orgullo de Lucifer y su caída vencido por San Miguel, la concepción y el parto de la Virgen, la adoración de los ángeles buenos, el regocijo de los cielos y de los buenos y la preservación inculme é inmaculada de la Madre del Salvador.

«Luego apareció en el cielo una gran señal: era una mujer *vestida del sol*, teniendo la luna á sus piés y en la cabeza una diadema de doce estrellas (3).

»Y al verse en cinta clamaba para dar á luz y sufría al parir (4).

»Vióse también otra señal en el cielo: érase un dragon grande y rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas sobre sus siete cabezas. Y con su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, arrojándolas á la tierra.

»Paróse el dragon ante la mujer que iba á parir, á fin de devorar á su hijo así que pariese.

»Parió, pues, á su hijo varón, el que ha de regir á todas las naciones con cetro de hierro. Mas este hijo fué arrebatado á la presencia de Dios y á su mismo trono. Y por lo que hace á la mujer huyó á la soledad en donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la sustenten durante mil doscientos sesenta días.

»Y hubo un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragon y también este y sus ángeles contra aquellos, mas no pudieron prevalecer los malos ni quedó rastro de ellos en el cielo.

»Arrojado fué aquel gran dragon, la antigua serpiente (*la del paraíso*), que se llama *el diablo* y Satanás que seduce á todo el orbe. Mas este cayó á tierra y sus ángeles fueron lanzados con él.

»Oí, pues, una gran voz en el cielo que decía:—¡Ahora queda ya verificada la salvación, y triunfantes la virtud y el reino de Dios nuestro Señor, y el poderío de su Cristo: porque ya queda expulsado el acusador de nuestros hermanos, que día y noche estaba censurándolos ante la presencia de nuestro Dios!

(1) Para las cuestiones prehistóricas, hoy día muy de moda y aun peligrosas por el giro que ha pretendido darles la impiedad, no debe confundirse la creación del mundo con la creación del hombre.

La fecha del nacimiento de Cristo ha sido muy controvertida: la opinión mas común la fija en el año 748 de Roma. Supónese que medió algún tiempo entre el segundo empadronamiento mandado por Augusto y el parto de la Virgen, por haberse hecho aquel no simultánea sino sucesivamente, yendo los cuestores ó encargados de hacerlo de país en país y de pueblo en pueblo. Ese segundo empadronamiento se hizo en el consulado de Cayo Mario Censorino y Cayo Asinio Galo.

(2) La Ven. M. de Agreda dice que en el viaje á Belén acompañaban á la Virgen diez mil Angeles en forma visible.

(3) Por ese motivo se suele pintar á la Virgen con la diadema de las doce estrellas. Poco tiempo despues de la definición dogmática de la inmaculada Concepción mandó Su Santidad que se la pintase y esculpiera de ese modo.

(4) Se entiende en un sentido místico y elevado, pues la Virgen no padeció dolores de parto.

»Ya le han derrotado ellos mismos mediante la sangre del Cordero (*la pasión de Cristo*), y no han hecho aprecio de sus almas (*sus vidas*) poniéndolas en trance de muerte.

»Por tanto ¡regocijaos cielos, y los que habitais en sus alturas!»

Tal es el contenido de ese bellissimo pasaje del Apocalipsis en que San Juan, hijo adoptivo de la Santa Madre, describe con estro inspirado y mas que pindárico vuelo, cuanto supera la profecía á la poesía, los acontecimientos recónditos de la eternidad, la Encarnacion del Verbo y su nacimiento decretada por el Eterno, la predestinacion y preservacion incólume de María refulgente como el sol, rodeada de célicos resplandores sobre su azulado manto limpio y puro como el de la celeste bóveda en noche serena, la luna á sus piés, la cabeza rodeada de las doce estrellas que le sirven de diadema, como la representa el arte cristiano y manda la Iglesia que se exhiba á nuestra veneracion, pisando la cabeza del dragon maldito. Y luego se ve tambien aludidos los grandes misterios de la Concepcion, de la Encarnacion del Verbo, su nacimiento, su muerte como la de un Cordero, cuya sangre redime y salva al mundo, su Ascension, el retiro de la Vírgen en los últimos dias de su vida, y á la vez la persecucion furiosa de la Iglesia por el dragon que queda en la tierra, mientras que se regocijan los cielos. Todo esto se contiene en ese admirable capítulo relativo á la vez á la predestinacion eterna de la Encarnacion del Verbo, á la vida de María y á la vitalidad de la Iglesia santa.

Y ¿cómo olvidarlo en el momento de verlo en su parte mas principal del parto de la Vírgen y la adoracion de los ángeles fieles y humildes y ya confirmados en gracia?

En el momento de esta adoracion angélica se estremeció el infierno: el gran misterio que se habia cumplido para los ángeles buenos pesaba ya sobre los orgullosos y rebeldes, realizado á despecho suyo. Los templos levantados á la supersticion y la idolatría se estremecieron asimismo en sus cimientos: su ruina estaba próxima. En los sitios donde se daba culto al hombre que se queria hacer pasar por Dios, se iba á dar culto al Dios único y verdadero hecho hombre.

Milton describe poéticamente este silencio de los ídolos y el estupor de ellos sin conocer la causa. «Los oráculos enmudecen: ninguna voz, ningun murmullo siniestro hace ya resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo abandona desesperado la colina de Delfos sin acertar á predecir lo futuro. Ningun arrebató nocturno, ningun augurio secreto sale del antro misterioso que pueda inspirar sus vaticinios al sacerdote que espantado abre sus ojos. Alcénanse los genios de las montañas y de las riberas de los rios, gimen las ninfas y las driadas al ver marchitarse las guirnaldas con que orlaba sus frentes la mitología pagana. Los Lares y penates huyen de los hogares domésticos que presidian, y de las aras de los templos y de sus estatuas salen sonidos lúgubres que asustan á sus flamines, y el mármol parece bañado en sudor frio al desaparecer la divinidad idolátrica del paraje donde se le daba maléfico culto.»

En cambio la naturaleza pura siente á su modo un grato superior influjo. Cesa el frio,

se aclaran las tinieblas, soplan las brisas de las montañas suavemente enviando hácia el Oriente sus perfumes (1), las olas baten las arenas mansamente como queriendo besar la tierra que ya sirve de peana al Dios hecho hombre, y las aves mismas adelantan la hora de sus trinos y gorjeos. En los tiempos fervorosos de la Edad media era costumbre al salir de la iglesia despues de la misa llamada *del gallo*, avisar á los campos y á los bosques el nacimiento de Dios, y al pasar por ellos los que se retiraban á sus casas, tañendo rústicos instrumentos, en medio de su santa y modesta alegría, solian anunciarlo á los árboles, á los arroyos, á las plantas, diciéndoles á gritos cual si pudieran entenderlo:—¡Alegraos, alegraos, que ya nació Dios!

Vestigios de esto son, pero ¡qué degenerados! los festejos de la santa noche de Navidad. Por fortuna no faltan almas puras y santas que los solemnicen como es debido.

(1) Todavía en algunas comarcas de España, donde la impiedad no ha hecho los estragos que todos deploramos pero que poco remediamos, los pastores honrados y de costumbres puras tienen la costumbre de despertar antes del alba y llamar á los compañeros con la fórmula de:—¡Arriba, muchachos, alabar á Dios! especie de *¡Sursum corda!* con que excitan á los perezosos á vencer el sueño, tan dulce y pesado al venir el alba.—«Ya atizan las lamparitas en Belen,» suelen decir al sentir las brisas matinales, pues, segun ellos, el aceite de las lámparas de Belen es aromático y cuando lo renuevan en la santa gruta antes de amanecer su perfume se extiende por todas partes y purifica la atmósfera de las humedades perjudiciales de la noche. ¡Sencillas creencias que, si no son ciertas, en cambio tampoco tienen nada de perjudiciales!

